

TIEMPO DEL MAR

A Manuel Nuñez Nava

"Todo vapor lejano es de cerca un velero.
Toda nave distante ahora,
vista de cerca es otra en el pasado".

Fernando Pessoa.

PRIMERA PARTE

La movable llanura deslumbrada
por el ojo del dios de las mañanas,
experta en soledades,
recibiendo la comunión de las primeras barcas.
¿Quién se atreve a violar ese silencio
nutrido de rumores,
de gritos congelados,
de presencias que flotan
en los profundos aires?
¿Quién, sin temblar de miedo, pone proa
hacia la engendradora de tormentas,
la dueña, pero también la víctima, del viento,
la dadora de vida, señora de la muerte?
El que hace estas preguntas es un hombre de tierra,
nacido en la llanura,
formado entre las hierbas,
en el aullido de las tierras secas.
La noche de lamentos que en Jalisco
suplica a una deidad propiciadora la fuerza de la lluvia
me dió una alma nostálgica del agua,
la mirada que pregunta a las nubes,
el dolor ante vientos destructores.
Pero un día, al pasar una curva del camino,
el mar se me echó encima
y contemplé el misterio.
Desde entonces, la presencia del mar,
más bien su ausencia,
dejó algo en mí:
una adivinación, un viento leve,
un contenido goce que estallaba en la contemplación.
El mar del trópico, las costas de lujuria
que en Tabasco desconocen los límites;
el Caribe mostrando sus secretos;
los farallones del mar de California
que se refugia entre los dos desiertos;
el océano sumiso en Acapulco
zurcados por las luces de neón;
el sosegado mar de Manzanillo
guardando los secretos de la nao de la China;
el Atlántico, mar familiar, camino real de España

y el terrible Pacífico,
airado mar de peregrinaciones perdidas en el tiempo.
En el mar, uno y todos, descubrimos
el verdadero origen de la luz,
la exacta imprecisión del tiempo esquivo,
la ambigüedad estricta de la naturaleza.

INTERMEDIO

CANCIONES DEL CUERPO Y EL MAR

"Suban los admiradores a los árboles maduros"
Armando Uribe

I

La luz dentro del caracol
juega a cambiarse de lugar,
la tarde se devora
las escamas del pez
que antes ardían.
Un niño vierte
los últimos rayos del sol
y en la montaña
forma la noche su primer lucero.
En el golfo de la unánime plata
se deslien las gaviotas
y la espuma, enredada en los pies de la mujer,
sube y hace plata los muslos.
La noche tiene hermosas manos.
En el río alguien canta.
Se levanta el deseo.
Sólo es verdad la carne.

II

De enamorada luz y fresca tarde
está rendido el mar
y en la escollera
se estremece la espuma.
Tus ojos toman el color
de una llama de ausencia.
¿Mejorará esta estancia
allado del océano
tu dolencia?
¿podrá el mar aturdir tu desvarío?
¿se calmará tu angustia entre sus olas?
¿llenarán sus emblemas el vacío?
Tal vez el viento de lejanas playas
te haga olvidar
y en las arenas cálidas
se muera el soplo
de tu amor sombrío.

III

A Lucinda

Difícil inconciencia del deseo.
Entregarse a la pálida mañana
sin que algo nos detenga,
sin que el aire
agite sus falaces advertencias.
Como el mar, irse y volver,
abandonarse a un ritmo
de insegura constancia,
como el mar ser en calma
y de repente romper el dique,
arder, borrar la playa
y regresar más tarde
al lecho eterno.
Mar habitado por los que se marchan.
Algunos flotan sin ojos
entre flores raras.
Los demás sólo pasan.
Para vivir en él hay que estar muerto.

IV

Hacia el poniente, la última mirada
recogió todo el sol.
Puerto Vallarta recibió su noche
y en el río, luz y hielo,
quedó intacto
el último reflejo del follaje.
Miro tu cuerpo blanco entre la sombra,
tendida desnudez, luna más clara
que la luna misma,
luna abierta al crepúsculo,
sonrisa de la carne,
manantial donde el deseo se curva.
En la hermosa tiniebla
se suceden imágenes ambiguas:
árboles altos, cuerpos escondidos,
flores oscuras, pálidos cadalzos.
El viento engaña a las cortinas
y tu cuerpo, flotando en la penumbra,
es un cuerpo en el agua.
Afuera el mar y tu dentro del mar,
la muerte viva.

V

El mar de adolescencia,
la preciosa fatiga de la playa
y la tarde desnuda
en la tibieza nueva de las rocas.
A lo lejos, un barco detenido

fija el crespón de humo
y las gaviotas, rodeando la cubierta,
imitan el rumor de los naufragios.

Hemos jugado a la muerte por agua
y el silencio nos invadió los párpados.
Hacia adentro miramos
la tumba submarina
y encendimos la antorcha
de la muerte profunda.

El mar no aceptó el juego
y caminamos solos
después del simulacro
A lo lejos, el barco detenido
agitó su crespón
y las gaviotas
mimaron el pavor
de los naufragios.

VI

En oportuna soledad camino
por la desnuda playa.
Las lejanas hogueras contradicen
el deseo de estar solo.
No reconozco la playa de la infancia.
¿Cambió el mar? ¿cambió el viento?
¿han cambiado las noches?
¿las estrellas han mudado de sitio?
¿o algo ha cambiado en mí?
Recuerdo versos libres,
pienso en arduos poemas
de carnes apretadas,
de cinturas exactas,
de trémulas caderas,
enhiestos talles
y perfectas piernas.
Los recuerdo en voz alta
y precipito
un turbio enervamiento.
¿Cambió el poema?
Algo ha cambiado en mí,
algo se ha roto.

VII

De ausencias poco claras,
de silencios llenos de luz,
de soledades raras;

de vientos engendrados en la infancia,
de turbios días en esta loca errancia;
de tardes nuevas como flores rotas,
de playas descubiertas,
ocultas en las rocas.

A todo eso
están hechos los ojos.
Nada podrá ser nuevo,
pero el mundo es hermoso.
Con ingenuo deleite
me detengo
y detengo las horas,
cruza un ave el poniente
y el día
sabe, a pesar de todo,
ser gozoso.

VIII

Al mar los deslumbrados ojos,
la trémula sonrisa del que admira;
al mar todo el amor,
la herida abierta
que calma sus ardores con la vista.
Estás hecha de mar,
tu cuerpo tiene
la forma de las olas,
tu mirada sigue
y no encuentra horizonte,
sólo la opaca raya
en que se juntan los azules,
sólo el punto en que fija
su desnudez el sol,
sólo el silencio
de una tarde, pálidamente ebria,
en la media tiniebla
de una contemplación.
De mar, de sol constante,
de un aire que liquida
esta desolación.

SEGUNDA PARTE

En el mar, uno y todos, está el hombre.
Veo las proas de los barcos fenicios
en el agua de España;
las naves griegas y el pálido terror de los troyanos;
Eneas, las llamas en sus ojos, hacia Italia.
Cuántos hombres y dioses duermen sin fin en el
Mediterráneo;
duermen, en preciosa hermandad, todas las razas:

Los turcos, la imagen de su luna en la mirada;
españoles con gritos de Lepanto en los oídos;
venecianos de púrpura marchita;
ágiles genoveses inventores de gacelas marinas.
Veo el cementerio de cristal translúcido,
sitiado por las algas,
recorrido por la vida intranquila,
presidido por cruces de coral,
por movimientos de remoto origen,
por sombras de colores que adivina
un dios huido y sin definiciones.

Es el grave Cantábrico
el cementerio de veloces vascos,
de montañeses esperanzados en la "sotileza",
de asturianos en busca de las Indias,
de gallegos expertos en volver.
Es un duro refugio para vagos pesares,
un alto en el camino de las razas que saben caminar.

Miro los barcos en el alto océano seguir su ruta;
son como la vida de rumbos rotos,
para ellos lo que importa es partir.
Las laboriosas vidas marineras
— mar y muelle las forman —
están hechas para la travesía,
renacen al partir.
Partir, esta palabra debe terminar el poema.
Partir sin que el regreso nos preocupe.
Hombres del mar, hechos para partir,
para dejarlo todo,
la desnudez es siempre nuestra herencia,
nuestro único destino.

Y mientras zarpa el buque
dejemos que la vida
juegue con nuestros cuerpos,
que haga sus deterioros
y en sus cambios de ruta reflejemos
el deseo de bogar.
No hay resistencia válida
para este viento impuro.
Sólo el mar nos sostiene
y el misterio nos hace navegar.

Más llegará un crepúsculo callado,
la hora de las gaviotas del silencio,
del albatros del "viejo marinero"
y, humildemente, sin mover las manos,
sin detener el golpe, nos iremos
y será nuestro el mar.